

# LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## CIUDADES EN EL AIRE.

I.

Los sesudos reformadores de tiempos atrás eran de parecer que primero había de prepararse el terreno, después arrojar la buena semilla, y aguardar por último que llegasen á su sazón los frutos de bien meditados y saludables mejoras. Hasta los revolucionarios remedaron á los principios esta prudencia, aunque en ellos solo pudo llamarse astucia é hipocresía, porque sus pensamientos no eran buenos. Mas como se dividieron estos en tantas sectas, y como unos mas tarde, otros mas temprano, unos algo despacio y otros á toda furia, se encaminaban al mismo punto y trabajaban por la ruina y hundimiento del orden social, al acelerarse el movimiento que nos arrastra con la fuerza del torbellino, los desatentados innovadores se precipitan por el camino de reformas *radicales*, para las cuales está visto que los pueblos no se hallan preparados.

Vengamos á la prueba. Antes de decretarse el sufragio universal, lógica consecuencia del absurdo principio de la soberanía nacional, ¿qué experiencias se hicieron para conocer que ya podríamos ejercitar el soberano poder de que nos invistieron los amigos del pueblo? No tuvimos otra preparacion sino la corrupcion electoral durante medio siglo. La corrupcion fué en aumento: lo que antes sucedia en dos mil mesas electorales, sucede hoy en diez

ó doce mil colegios. Al fraude y al cohecho se añadió la violencia, y no queda género alguno de corrupcion que no se haya ensayado para contrariar la libre emision de los sufragios. Mal camino llevan de formarse las *costumbres públicas* que imaginaban algunos; no hay que esperar, por el procedimiento de los partidos liberales, el tranquilo ejercicio de nuestros derechos políticos. La nacion se estremece al solo anuncio de que el gobierno va á consultarla, y escapa de una batalla electoral, como se escapa de las civiles; pues á escepcion de la artillería, que aun no se ha asestado contra los colegios electorales para proteger la libertad, el gobierno no ha dejado de emplear ningún medio de persuasion equivalente aunque de menor alcance. Digamos que la nacion no está preparada para gobernarse á sí misma, y no es temerario decir que cada dia lo estará menos; no puede estarlo nunca.

Hijo de la mas fanática intolerancia se decía ser el principio de la unidad católica, la mayor de nuestras glorias, parte de nuestra vida, cifra y resumen de la civilizacion mas hermosa y mas rica que alcanzó ningún pueblo cristiano. Esto no obstante se le combate á nombre de la libertad, á destruirlo se camina por medio de la persecucion; y cuando se logra romper el precioso vínculo de la unidad religiosa, la nacion española se mantiene fiel al catolicismo, y protesta en masa contra la impiedad revolucionaria. Se calumnia al

clero, se le reduce á la mayor pobreza, se le abrumba de desdenes, se despoja de todos sus derechos á la Iglesia, se derriban templos, se ponderan las ventajas de la libertad religiosa para dar todo su vuelo á la razon libre: ¿qué no se ha dicho para que el pobre pueblo, tantas veces engañado, esquilado, esclavizado, se envaneciera con esta suprema conquista? Pero ya lo están viendo nuestros reformadores: el pueblo no hace caso. Los pocos protestantes forasteros, que se atrevieron á venir á España con miras de propaganda, se retiran avergonzados; la proteccion oficial ó legal no les vale. ¿Qué comunión se aprovecha de esta franquicia? Por la puerta que se ha abierto ¿quién entra ó quién sale? Digamos que el pueblo español no está preparado para desertar de la Iglesia; digamos que el ateísmo en el poder es un manjar demasiado fuerte para nuestro estómago; digamos que la libertad religiosa, proclamada á nombre de la *ciencia*, según se ha dicho con insigne petulancia, es una teoría, y nada mas que una teoría, sobre todo en España, donde no hay disidencia religiosa. Aquí no hay disidentes, sino una turba de impíos, como se ha dicho muchas veces, perseguidores del catolicismo, enemigos de toda religion, execrados por la gran mayoría del país que gime bajo su afrentoso yugo.

Lo mismo diremos del golpe que amenaza con el proyecto de ley sobre el matrimonio civil á la familia cristiana, herida ya provisionalmente por algunos decretos. Toda la nacion repugna las disposiciones que se han tomado. Lo que la nacion quiere es que á la relajacion de costumbres no se abra una puerta tan ancha: quiere la union sagrada entre los cónyuges, quiere las bendiciones del cielo, la dignidad del sacramento, la indisolubilidad del matrimonio que no se mantendria largo tiempo si llegase á perder su sagrado carácter; quiere la legitimidad de la prole; la dignidad de la muger, la honestidad de las costumbres y el buen orden de la sociedad, orden amenazado desde que á la impiedad y á la licencia se hacen tales concesiones, con la circunstancia agravante de hacerlas el gobierno mismo.

La nacion se ha escandalizado; es decir, la nacion no está preparada para sufrir esa afrenta. El gobierno se ha equivocado creyendo que faltaba ya completamente el decoro y la religion en las madres y en las hijas, y que rebajada hasta lo sumo la dignidad personal, era llegada la hora de celebrar las bodas de cualquier modo. Mucha es la relajacion, pero no tanta: y en todo caso, el deber de un gobierno consiste en atajarla, no en favorecerla procurándole vergonzosos ensanches. Del concubinato al divorcio no hay mas que un paso, la liviandad lo recorre pronto: por estas razones el decoro público, que no habia de faltar en una nacion católica, se vuelve contra el llamado matrimonio civil.

Pudiéramos decir lo mismo de casi todas las instituciones que la revolucion ha planteado, de las reformas que parecen aclimatadas en nuestro suelo, de los usos en fin á que nos hemos ido acostumbrando, pero cuya dañosa influencia es harto notoria. Cuando repasamos el sumario de las principales alteraciones introducidas en lo que va de siglo, no se puede menos de achacar á ellas los males presentes, que son gravísimos. De aquí el malestar que nos aqueja, el sobresalto y la zozobra con que se vive, el tedio que nos devora. Hoy todos se quejan, todos están penetrados del mal que lamentamos, todos temen, muchos desesperan, pocos aciertan con el remedio; y ningun hombre de buena voluntad deja de alzar sus ojos al cielo invocando el auxilio de la Providencia divina, como quien de tejas abajo no encuentra humanos recursos que eviten la total desolacion que nosotros mismos nos hemos procurado.

Tocar á los fundamentos de la sociedad fué la mayor temeridad que pudiera hacerse; y nuestros reformadores han dado pasos insensatos de puro atrevidos. Se quiere edificar una ciudad en el aire, que tanto vale el pretender que los pueblos se gobiernen sin Dios, y que vivan sin una regla fija de costumbres, entregados á sus instintos, y dándoles alas los mismos que debieran contenerlos en sus excesos. La ciudad levantada sobre arena se cuarteja y viene al suelo; la sociedad sin ci-

mientos se arruina. Y nosotros nos arruinamos y perecemos, sin que haya una mano caritativa que nos salve, sin tener un brazo poderoso que nos detenga en la fatal pendiente, sin que haya una cabeza que nos dirija, sin tener un hombre de corazón generoso que se oponga á la corriente, sin encontrar en los caminos, que hierven con el choque de ambiciones groseras y miserables, una noble y poderosa ambición que ahogue la vileza y mezquindad de las otras, potentes y dominantes para nuestro daño.

En este desquiciamiento, solo hay de bueno que la nación resiste: si su resistencia no es bastante para salvarse, retarda al menos su destrucción. Los mismos revolucionarios neutralizan en la práctica lo dañino de los principios; no quieren hacer todo el daño que pueden hacer: les repugna. Pero los principios sociales que hemos dado por base á nuestra constitución política, son principios de muerte: con esos principios no hay mas remedio que morir; la herida que hemos recibido es mortal por necesidad, no por accidente. No hay organización por robusta que ella sea, no hay pueblo alguno de temperamento tan sano, que sea capaz de acostumbrarse á la acción corrosiva de sustancias tan disolventes, y cuya acción es tan eficaz para destruir la sociedad como estamos viendo. El pueblo español no quiere morir, pero lo quiere la revolución, y veremos quien vence. El pueblo español resiste dejarse arrastrar por la fatal pendiente, pero el gobierno le empuja. El pueblo quisiera que todos los hombres se juntaran en uno para libertarle, para salvarle; le halagan las empresas patrióticas, tiene gloriosos recuerdos, está afrentado porque no ha llegado la hora de acreditar la grandeza de su carácter en alguna lucha gigantesca que no desdiga de otras hazañas memorables, dignas del claro nombre que mereció en la historia; pero el gobierno interesado desde el principio en dividirnos y destruirnos, divide, destruye, pulveriza ó maltrata á los que se ven obligados á hacerle la oposición si han de salvarse. ¡Qué dolor! tener al gobierno por enemigo! pero quien destruye los fundamentos

de la sociedad y proclama el ateísmo en el estado, ¿cómo no ha de ser enemigo de la sociedad, y mucho mas si ese gobierno reconoce y confiesa que se halla al frente de una nación católica?

Antes, ayer todavía, se hallaba esta garantida en su fé, en sus instituciones, en sus derechos, en sus costumbres, en su vida pública y privada, por el derecho canónico, por el civil, por tratados y estipulaciones solemnes, y siempre lo estuvo y no podia menos de estarlo por el derecho natural: pero ahora nos faltan esos apoyos; y cuando se nos quiere igualar á todos con la mas liberal de las medidas invocando el derecho comun, nosotros los católicos somos la excepción de la regla y no cabemos dentro de ese derecho. A todo esto, mas trabajo nos cuesta á nosotros decir que somos de oposición al gobierno, que al gobierno hacernos una guerra de exterminio; porque nosotros y la nación entera, que tenemos hábitos de obediencia, contribuimos á evitar ó retardar la ruina que amenaza; mientras la revolución quiere edificar la sociedad en el aire, fundar otra nueva en el vacío, plantear la religión del ateísmo, darle por regla la *moral independiente*, y para alivio de penas el infierno terrenal.

De lo dicho resulta que la nación no está preparada para eso, ni lo estará nunca, porque el fin mismo de la revolución es contrario á las leyes de la naturaleza. Pueblos mas adelantados en este camino, como le sucede al francés, no lo están tampoco: la prueba es que esa nación sucumbe. Dé manos de los enciclopedistas ha caído mas de una vez en manos de los malhechores, en las garras de las fieras, pasando por las de los ateos, que son de la misma especie. Con tales principios, (porque los de allá y los de acá son unos mismos) no se puede vivir. A todos nos despedazará la anarquía; estaremos dispuestos para la tiranía ó la dictadura, si hay quien la ejerza; tendremos que disponernos para bien morir; todo menos llegar al paraíso prometido, y mucho menos vivir, como se dice, *la vida de la libertad*.

M. MUÑOZ Y GARNICA.

## LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

## CAPÍTULO VII.

DE LOS ODIOS RELIGIOSOS.

(Continuacion.)

¿Pero acaso la historia del cristianismo no ofrece ejemplos de odios y de guerras? De sobra que los tiene; pero á una doctrina se le debe pedir cuenta de las consecuencias legítimas que de ella se originen, mas no de aquellas que las pasiones pueden deducir. Este principio, verdadero en todos tiempos, puede repetirse en nuestros dias con mayor confianza de ser oidos, pues que muchos de los que lo negaban á la religion se han visto obligados á invocarlo en favor de otras doctrinas. Distínguese la época histórica memorable en que nos hallamos todavía por la invencion y propagacion de algunos principios políticos, y por la tendencia que se ha desplegado á ponerlos en práctica: con ocasion de estos principios han acontecido gravísimos males: pretenden los enemigos de los principios que á estos deben imputarse, y que por consiguiente deben ser abandonados. A lo cual contestan sus defensores que es absurdo é injusticia proscribir las verdades por el abuso que de ellas hayan podido hacer los hombres; que no por dejar de promulgarlas y establecerlas desaparecerán por esto del mundo las pasiones; que manteniendo á los hombres en error, se deja viva una causa mucho mas cierta y directa de calamidades é injusticia; que las ideas falsas no vuelven mejores ni mas humanos á los hombres. *La matanza de la noche de San Bartolomé*, ha dicho con este motivo un celebrado ingenio, *no ha hecho proscribir el catolicismo* (1): y ciertamente la consecuencia no hubiera podido ser mas injusta é insensata. El recuerdo de aquella noche atrocísima debería servir para hacer condenar la ambicion y el espíritu de partido, el abuso del poder, la insubordinacion á las leyes, la horrible é insensata política que enseña á violar á cada paso la justicia para conseguir algun provecho, y despues cuando estas violaciones acumuladas han acarreado un gravísimo peligro, enseña que todo es lícito para salvarlo todo; para hacer proscribir las asechanzas y el dolo, las provocaciones y los rencores, la avidez del poder que todo lo trama

(1) *Considérations sur la révolution française*, par Mad. de Staël.

y á todo se atreve, y el amor injusto á la vida que hace traspasar todas las leyes para conservarla, porque estas y otras semejantes fueron las verdaderas causas de la matanza por que es infame aquella noche.

Repetiremos, pues, aquel principio de que á una doctrina solo se le debe pedir cuenta de sus consecuencias legítimas, mas no de las que las pasiones pueden de ella deducir; y aplicándolo á la religion, observaremos que tambien en esto está por encima de todas las teorías humanas por aquellos inimitables caracteres que la distinguen. Ella excluye toda consecuencia perniciosa, y la excluye con aquella misma autoridad que hace sagrados sus principios, lo cual solo ella puede obrar: si de raciocinio en raciocinio se llega á una injusticia, se puede estar seguro de haber raciocinado mal, y el hombre de buena fe encuentra en la religion misma el aviso de haberse extraviado, porque donde se presenta el mal allí se encuentra una prohibicion y una amenaza. No es por consiguiente racional echar la culpa á las verdades reveladas de que los hombres se hayan odiado y destruido, sino por el contrario debe decirse: «Es tal la inclinacion de los hombres á aborrecerse y á perjudicarse mutuamente, que para ello han tomado pretesto hasta de las verdades de una religion que les da la regla de amarse como una regla sin escepcion: ¿qué no habrán hecho cuando hayan tomado sus pretestos de principios ó intereses con los cuales no esté ligado esencialmente este precepto, de cosas en que solo tengan parte las pasiones?» Y efectivamente, ¿qué no han hecho?

Nunca ha obrado, ni podia obrar la religion católica como causa directa y natural de disensiones: pero todo se convierte en armas en manos de un furioso; no han estallado aquellas entre hombres antes unidos y humanos, sino siempre en tiempos feroces y brutales, en tiempos en que las pasiones hostiles ardian todas; y creo puede añadirse, sin temor de que la historia lo desmienta, en tiempos que se distinguieron por una gran indiferencia hácia las cosas esenciales de la religion (1), y por un ardor

(1) Es sabido que el condestable de Montmorency fué mortalmente herido en San Dionisio peleando en el bando católico. He aquí como refiere Dávila su fin. «Murió sin turbacion de espíritu, y con grandísima constancia, de modo que habiéndose acercado un religioso al lecho en que yacia con objeto de confortarle, volviéndose él con rostro sereno le rogó que no le molestase, porque habria sido feo haber sabido vivir ochenta años, y no saber morir durante un cuarto de hora. (*Istoria delle Guerre civili di Francia*. Lib. iv.)

¿Qué católico aquel que confia en sí mismo, que al fin de una larga vida solo sabe congratularse de ella y no piensa en implorar hácia la misma la misericordia de Dios, que rehusa el ministerio instituido para dispensarla!

singular por todo lo que el amor sincero á aquella hace considerar como vanidad.

Siempre que se encuentra en la historia un ejemplo de influencia benéfica de la religion, es imposible no reconocer una causa que produce su efecto propio. Uno de estos ejemplos es la *tregua de Dios*: es una voz de concordia y de piedad que se levanta única entre los gritos de provocacion y de venganza; es la voz del evangelio, y suena por boca de los obispos y sacerdotes. Mas para explicar las vejaciones cometidas so pretesto de religion, es necesario suponer un estado de ignorancia ó mala fe, una exasperacion de los ánimos, motivos preexistentes de aversion, ocultos fines, y un grado tal de pasion que altere el entendimiento hasta el punto de hacerle consentir en lo que está proscrito por aquella ley que se propone por regla. S. Ambrosio rompe y vende los vasos sagrados para rescatar los esclavos ilíricos, Arrianos en su mayor parte: S. Martín de Tours vá á Tréveris á interceder con el emperador por los Priscilianistas, y considera escomulgados á Itacio y á los demás obispos que le habian incitado á tratar á aquellos con rigor: S. Agustín suplica al procónsul de Africa por los Donalistas, quienes tanto dieron que sentir, como es bien sabido, á la Iglesia: *Os rogamus, dice, que no sean ajusticiados; oramos á Dios para que se enmienden* (1).

Hé aquí á los verdaderos católicos, y la historia eclesiástica abunda en estos ejemplos. Entre tantos como ha producido la edad moderna, es grato recordar uno, ya porque es tal vez el mas brillante, ya porque por espacio quizás de medio siglo se ha intentado con harta insistencia no solo arrebatár su gloria á la Iglesia, sino trocársela en ignominia: es la conducta del clero católico en América. La ira contra toda resistencia, la codicia hecha exigente á medida de las promesas de una exaltada fantasía, el temor que nace aun en los ánimos mas resueltos cuando no los sostiene la idea de un deber y son muchos los ofendidos, en suma las pasiones todas de conquista, habian desnaturalizado por completo los ánimos de los españoles; y los americanos no tuvieron casi mas defensores que los eclesiásticos, y estos no tuvieron otros argumentos en su favor que los del evangelio y de la Iglesia. Conviene trasladar aquí el conocido pasage de Robertson, pasage importantísimo por la segura imparcialidad del historiador, y la diligencia y multitud de investigaciones

que le llevaron á la opinion que manifiesta. «Con injusticia aun mayor han presentado muchos autores como causa del estermínio de los americanos el espíritu intolerante de la religion católica romana, y han acusado á los eclesiásticos españoles de haber animado á sus compatriotas á la matanza de aquella poblacion inocente por idólatra y enemiga de Dios. Pero los primeros misioneros que visitaron la América, aunque débiles é ignorantes, eran hombres piadosos, y bien pronto tomaron la defensa de los nacionales, y les justificaron de las calumnias de los vencedores, quienes pintándoles como incapaces de instruirse en los deberes de la vida civil y de comprender las doctrinas de la religion, sostenian ser aquellos una raza inferior de hombres sobre los cuales la mano de la naturaleza habia impreso el sello de la esclavitud. El relato que he hecho antes de humano y perseverante celo de los misioneros españoles en proteger la inermegrey á ellos confiada, les hace aparecer con un brillo que realza sus funciones. Eran ministros de paz que procuraban arrancar el azote de manos de sus opresores. A su poderosa intercesion debieron los americanos todas las medidas encaminadas á mitigar el rigor de su destino. En las colonias españolas el clero, así regular como secular, es aun considerado por los indios como su protector natural, á quien acuden en los trabajos y extorsiones á que con harta frecuencia están espuestos.» (1)

¡Qué religion es esta en que los débiles, si son piadosos, resisten á la fuerza en favor de sus hermanos! en que los ignorantes conocen y descubren los sofismas que las pasiones oponen á la justicia! En una expedicion en que solo se hablaba de conquistas y de oro, estos no hablaban sino de piedad y de deberes, citaban ante el tribunal de Dios á los vencedores, y declaraban impía é irreligiosa la opresion: el mundo con todas sus pasiones habia enviado á los indios unos enemigos á quienes no habian ofendido, y la religion les enviaba unos amigos que nunca habian conocido. Estos fueron odiados y perseguidos, se vieron á veces obligados á ocultarse; pero al menos mitigaron la suerte de los vencidos, y con su constancia y sus peligros prepararon á la religion un testimonio de que esta no ha sido de ninguna manera un pretesto de crueldades, que si se cometieron fué á pesar de sus protestas. Ah! los crueles avaros hubieran querido pasar por celosos, pero los ministros de la religion no les han permitido cubrirse el rostro con esta máscara, les han

(1) *Non tibi vile sit, neque contemptibile, fili honorabiliter dilectissime, quod vos rogamus ne occidantur, pro quibus Dominum rogamus ut corrigantur.* August. Donato procons. Afr. Epist. c. t. 2, pág. 270. Edit. Maur.

(1) Robertson. *Historia de América.*

obligado á buscar sus sofismas en cualquier otro principio que no fuera el de la religion; les han precisado á acudir á las razones de conveniencia, de utilidad política, de imposibilidad de cumplir exactamente la ley divina; les han obligado á hablar de los grandes males que hubieran sobrevenido si los hombres hubiesen sido justos, á decir que era necesario oprimir cruelmente á los hombres, porque de otra manera habria sido imposible oprimirles (1).

(1) Solo un eclesiástico, el harto célebre Valverde, deshonró su ministerio escitando á sus conciudadanos á la matanza. Pero examinando su conducta, tal como Robertson la describe, se ve claro en mi concepto que el móvil de ella estaba muy léjos de ser el fanatismo religioso. Pizarro habia concebido el pérfido designio de apoderarse del Inca Atahualpa para dominar el Perú y satisfacer su sed de oro. Atraído el Inca con pretextos de amistad á una entrevista, se redujo esta á una alocucion de Valverde, en que la esposicion de los misterios é historia de la santa y pura religion de Cristo no tuvo otro objeto que el de venir á parar á la absurda consecuencia de que el Inca debia someterse al rey de Castilla como á su legítimo soberano. La respuesta y el ademán de Atahualpa fueron el pretexto de Valverde para llamar á los españoles contra los peruanos. «Pizarro (es Robertson quien habla) que durante esta larga conferencia habia contenido con dificultad á los soldados impacientes de apoderarse de la rica presa que entonces veían tan de cerca, dió la señal del asalto.» Pizarro en persona, que habia venido con este intento, redujo al Inca á prision, quien despues por medio de un proceso atrozmente estúpido fué condenado á muerte; y Valverde cometi6 tambien el delito de autorizar con su firma la sentencia. ¿Quién no ve, pues, que para hombres resueltos á una accion injusta, para hombres fuertes contra hombres ricos, cualquier pretexto era bueno; que Valverde fué instrumento horrible, mas no motor de la injusticia; que su conducta revela mas bien la baja connivencia con la ambicion y avaricia de Pizarro, que no el fanatismo religioso? Marmontel que en Los Incas quiso atribuir á esta pasion la mayor parte de las crueldades de los españoles, para hacerlo tuvo que desfigurar por completo la historia. A Pizarro le pinta ageno á la intencion de oprimir y enganar á Atahualpa, disimula las crueldades de este, y niega, sin saberse con qué autoridad, que diera orden de matar al hermano competidor Huascar; y como si el carácter de Valverde no fuese harto repugnante, le recarga con otras atrocidades de su invencion, y á fuerza de querer hacerle odioso lo hace inverosimil atribuyéndole vicios incompatibles. Así no encontrando que la historia pruebe bastante ciertas máximas generales, se hacen novelas que las prueban demasiado. El solo buen sentido hace ver que no está en la naturaleza del hombre, por fanático que sea, el concebir un odio violento contra hombres que no profesan el cristianismo porque lo ignoran. Finalmente, si tal era la disposicion de los eclesiásticos españoles que debiesen recibir de la religion esta clase de impulsos, ¿porqué hablaron y obraron todos los demás de un modo no solo diferente sino contrario? Y si la conducta de Valverde era conforme á la manera de entender la religion sus compatriotas, ¿porqué la han censurado (como asegura Robertson) todos los historiadores?

Es justo hacer notar que la obra de Marmontel, prescindiendo del lado histórico, se hizo para dejar una impresion de horror á la violencia y á la sangre, impresion que no conviene nunca debilitar sea cual fuere el medio de producirla. En el caso presente adquiere nueva fuerza de la conducta de Marmontel, que estuvo siempre en consonancia con sus sentimientos. Pero tambien es justo restituir los males políticos y morales de la sociedad á sus verdaderas causas cuando se han señalado otras arbitrarias, é impedir cuanto se pueda la impresion mas falsa y mas funesta que daria á suponer una lucha entre la religion y la humanidad.

## ORILLAS DEL SENA.

*Cecidit Babylon illa magna.*

Sobre las ruinas de Paris sentado  
Los males vi de la nacion caida:  
Mi espíritu sintióse arrebatado,  
Voz de dolor oyó jamás oida.

Voz de dolor é inspiracion de celo  
Que del ardiente corazon brotaba,  
Voz de dolor que al irritado cielo  
En lastimeros ayes se elevaba.

El Sena entre palacios torvamente,  
A la luz de las llamas relucia;  
«Cayó, cayó la reina de occidente,»  
Con ruidos vagos sin cesar gemia.

Babilonia cayó; su lengua impura  
Las iras del Señor enardeciera;  
La mano del Señor vino segura  
El ímpetu á parar de su carrera...

Paris, fecunda madre del genio y de la gloria!  
Paris, rico venero de bella inspiracion!  
Estrella de las artes, lumbrera de la historia!  
Paris, perenne foco de toda ilustracion!

Tiendo la vista, veo tus templos derrumbados,  
Tus nobles galerías y alcázares caer,  
Hundirse tus trofeos al orbe conquistados,  
De tu presente el fausto, las glorias de tu ayer.

Tiendo la vista, veo las furias criminales  
Antorchas agitando frenéticas venir,  
Estremecerse al viento banderas infernales,  
Negruzcas humaredas la luz del sol cubrir.

¿Qué has hecho, reina triste, ciudad desventurada?  
¿Qué has hecho que así pruebas el cáliz del Señor?  
¿Qué has hecho que ora cubre tu frente coronada  
Un manto de cenizas, un sello de dolor?

Ah! que guardas marchita de vírgen la corona,  
Ah! que de falsa ciencia quisiste blasonar!  
Tu vanidad las iras del justo cielo abona,  
A quien del mundo osabas el cetro disputar.

Lejos de Dios ponias tus fines seductores,  
Sin el Criador pensabas omnipotente ser;  
En viles bacanales poniendo tus amores,  
Alegre frecuentabas los templos del placer.

La libertad del hombre, la gloria de la ciencia,  
La idea del derecho tu labio profanó.  
La libertad del hombre! no supo tu conciencia  
Guardarla pura, hermosa, tal como Dios la crió.

Por lo demás la religion ultrajada por Valverde ha sido bien vindicada, no solo por casi todos los eclesiásticos de las diferentes expediciones, sino tambien por aquellos millares de misioneros que al llevar la fe á los salvajes y á toda clase de infieles, fueron todos como *corderos entre lobos*. La historia de aquellas maravillosas empresas de caridad es demasiado vasta y variada para tratada en una nota: baste haberla indicado.

Y Jehovah desde el trono de eternos resplandores,  
 Jehovah ante quien impuro parece el serafin,  
 Miró tu faz... y tiembles, y ciñente dolores,  
 Y al canceroso cuerpo llegado le es su fin.

Tus locas saturnales, tus fervidas orgías,  
 Tus goces, tus teatros, tus coplas de can-cán,  
 Pensiles deliciosos, emblemas de otros dias,  
 Arrebatados fueron por rápido huracán.

Jehovah tres veces santo miró tu espúrea tierra,  
 E hinchóse de amarguras el labio del Señor;  
 Surcaron tus llanuras los rayos de la guerra,  
 Cayeron tus ciudades al pié del vencedor.

¿Qué has hecho, reina triste, matrona escarnecida?  
 ¿Qué ha sido de tus galas? tu imperio do se fué?  
 ¿Porque te desampara el espíritu de vida?  
 ¿Porqué tus bravos hijos perdieron lustre y fé?

Los que en Italia fieros batallones,  
 Los que en Crimea vítores cantaban,  
 Ora al pié de sus ínclitos pendones  
 Prision y muerte por do quier hallaban.

Oh! que Dios te castiga, Dios es justo;  
 Ya no hay Francia imperial: como á la encina  
 Derriba pronto el vendabal robusto,  
 Así el valor quedóse vieja ruina.

¿Y estos son por ventura el pueblo fuerte  
 Que al orbe dió la ley con arrogancia,  
 Estos los mas osados que la muerte,  
 Estos la gloria y el poder de Francia?

¿Estos que un dia de Alejandro y Ciro  
 Las épicas hazañas eclipsaron?  
 Los que de Menfis, Ecbatana y Tiro  
 Las dudosas grandezas realizaron?

Oh nueva Babilonia! tu carrera  
 Paró de golpe la potente saña:  
 Bálsamo para tí no lo hay siquiera;  
 Arde, arderás como desnuda caña.

¿Qué ha sido de tus galas, de Europa rico lazo?  
 ¿Tu imperio do se fué?  
 ¿Do se fueron tus hijos de valeroso brazo  
 De entendimiento y fé?

¿Do estais, augustos héroes, iman de la victoria,  
 Do estais que no venis?  
 Roldan y Carlomagno, campeones de la gloria,  
 Guerreros de San Luis?

La sombra de Turena recorre estremecida  
 Los campos de Saltzbach;  
 Repíten por la noche suspiros del Druida  
 Los bosques de Karnath.

Alzad los estandartes, cumplidos caballeros,  
 Por la Galia, venid;  
 Nunca mejor resuenan los límpidos aceros  
 Que en la patriota lid.

¿No fuisteis cuando vivos la popular defensa,  
 La espuma del valor?  
 Venid, que vuestra patria con desventura inmensa  
 Fallece de dolor!

Ah! no podeis valerla, maldicela el pecado;  
 De Dios al renegar,  
 De vuestro patrocinio tambien ha renegado.  
 Podeis solo llorar.

Noble tierra de Francia! hija primera  
 Del cristianismo y de la fé divina,  
 Virgen ilustre de los siglos de oro!  
 Sentado de Paris sobre la ruina,  
 Aunque nacido en estrangera playa,  
 Derramo por tu bien amargo lloro.  
 Vuelve á tu Dios, á tus virtudes vuelve,  
 Tu liviandad, cual Magdalena, llora;  
 Sacude el polvo que tu rostro envuelve,  
 Del santo cielo tu perdon implora!!

Mayo de 1871.--JOSÉ TERONJÍ CORTÉS.

## CRÓNICA.

El papa ha escrito á su vicario general el cardenal Patrizzi la siguiente carta:

«Señor Cardenal: Cuando Dios en sus altísimos desig-  
 nios permitió que Roma fuese injustamente ocupada, los  
 usurpadores dijeron que Roma era necesaria á la integridad  
 de Italia y á la perfecta union de todas sus partes, como si  
 no hubiera en Italia otras dos pequeñas porciones que faltan  
 todavía á la antigua dominacion, y espero que faltarán  
 siempre. Pero el propósito de los grandes fautores de la re-  
 volucion no era solo el de usurpar una ciudad como Roma,  
 sino que era y es el de destruir el centro del catolicismo y el  
 catolicismo mismo. A la destruccion de esta obra indestruc-  
 tible de Dios concurren todos los impíos, todos los libre-  
 pensadores, todos los sectarios del mundo, todos los cuales  
 han enviado su pequeño contingente á esta metrópoli.

Estos pequeños contingentes se juntan en un solo cuerpo,  
 con el fin de insultar y romper imágenes de María Santísima  
 y de los Santos, vilipendiar y combatir los ministros del  
 santuario, profanar las iglesias y los dias festivos, multipli-  
 car las casas de prostitucion, ensordecen los oídos con voces  
 sacrílegas, y llevar á las inteligencias y corazones, espe-  
 cialmente juveniles, el veneno de la impiedad con la lectura  
 de ciertos periódicos eminentemente desvergonzados, hipó-  
 critas, mentirosos é irreligiosos.

Esta falange infernal se ha propuesto arrancar de Roma  
 lo que ella llama fanatismo religioso, como lo llamaba un  
 filósofo italiano de infeliz memoria, muerto de repente no  
 ha muchos años.

Después de haberse apoderado de Roma, desea hacerla  
 incrédula ó maestra de una religion llamada tolerante, como  
 la quieren aquellos que no ven otra vida que la presente,  
 y que tienen la idea de Dios como de un Dios que todo  
 lo deja correr y que no se ocupa gran cosa de nuestros actos.

El gobierno que tolera todos esos desórdenes, ¿pertenece  
 á la misma falange? Lisonjero es esperar que no, ya que la  
 afirmativa seria una triste declaracion de la caída del trono.

Entretanto, para oponer algun reparo á tantos males,  
 señor cardenal, dirigirá una circular á los párrocos, para  
 que adviertan á sus feligreses que les está prohibida la lec-  
 tura de ciertos periódicos que se imprimen especialmente en  
 Roma, y que esta prohibicion se haga de manera que puedan

conocer los que la infrinjan que tal infracción es culpa no venial sino grave. En cuanto á aquello que toca á la violación de las leyes de Dios y de la Iglesia, es preciso decir á cada párroco: *argue, obsecra, increpa*. Por lo demás levantamos las manos á Dios, y esperamos que tantos atentados contra él, contra su religión y contra la sociedad misma, tendrán su término, y podremos salir un día de este laberinto de males para respirar tranquilamente á la sombra de la fe, de la moral y del orden.

Día 30 junio de 1871, en la conmemoración de S. Pablo.

*Omnes convertantur et vivant, ut possint clamare ad D. J. C. Domine quid me vis facere?—PIUS, PAPA IX.*

Segun dicen los mismos periódicos revolucionarios de Italia, dias pasados se presentó al padre santo el clero de una iglesia patriarcal para ofrecerle un donativo, y entre otras cosas, S. S. les encargó que guardaran con esmero su iglesia, porque habia llegado á su noticia que era una de las primeras en que los comunistas debían ensayar el petróleo. «Sé positivamente, dijo Pio IX, que ante todo, y como primer ensayo, quieren destruir los edificios consagrados á la Santísima Virgen. Tal es la rabia del eterno enemigo contra la reina *quæ conteret caput ejus*.»

Aunque la *Gaceta de Italia* asegura que ya está firmada por su santidad la bula en la cual se escomulga personalmente *nominatim* á Victor Manuel, no falta quien suponga que, merced á la intervencion de los gobiernos de Austria, Bélgica y Francia, y sobre todo á la nueva actitud del gobierno florentino, aunque no se retire la bula, no se publicará por ahora.

Parece que van á reanudarse las relaciones de Rusia con la santa sede con condiciones favorables á los católicos polacos; una de ellas será levantar el destierro á los obispos que se hallan en Siberia. Dicese que monseñor Ledochowski arzobispo de Posen está encargado por el czar de las negociaciones en el Vaticano.

La actitud alarmante que está tomando el gobierno chino con respecto á las misiones católicas establecidas en aquel país, el hecho significativo de que la circular que ha dirigido á las potencias con quienes tiene firmados tratados solemnes, pidiendo la rescisión de los privilegios especiales concedidos á los misioneros, va dirigida exclusivamente contra la comunión católica, por la sencilla razón de no disfrutar los protestantes otros privilegios que los incluidos en los tratados generales de extranjeros, y el tono amenazador que emplea, infunden serios temores á los que profesan y defienden los intereses católicos en este país.

El resultado de la guerra entre Francia y Prusia, y los sucesos desgraciados que ocurrieron en París, han influido poderosamente en el ánimo del gobierno chino á entrar en esta senda que se propone recorrer por entero, ya que por otra parte tiene motivos para creer que Inglaterra no se opondrá á sus miras, mientras no se trate de infringir ó coartar los privilegios que goza su comercio.

A esto contribuye también mucho el odio de los protestantes ingleses, que instan sin cesar por bajo mano á aquel gobierno para obrar en este sentido, asegurándole la no intervencion de la Gran Bretaña en caso de guerra; y como la Francia por sí sola no está hoy en situación de acudir en defensa de sus misiones, el gobierno chino aprovecha la oportunidad.

La circular que ha pasado el gobierno del Celeste Imperio á los representantes de las potencias europeas, es un documento larguísimo. Despues de un extenso preámbulo especificando numerosas quejas y poderosas razones que ha procurado exajerar, y sin que descansen mas que en la veracidad de los *mandarines*, clase cuya fama es conocida ante la opinion europea de ser la instigadora de los asesinatos de Tien-Tsin y de haber protegido á los asesinos, acusa á los misionistas y á los convertidos de *fomentar desórdenes*, y afirma que los convertidos *esplotan la influencia de los misionistas para injuriar y oprimir el pueblo*, y de que cuando en

*caso de pependencias entre convertidos y el pueblo se acude á los tribunales, los misionistas protegen á los suyos, resultando coartada la libertad de las autoridades, de lo que el pueblo está muy quejoso*. Dificilmente puede esperarse que los misionistas católicos vengán á un país pagano y no sean objeto de hostilidad y blanco de todas las iras, sobre todo si hacen muchas conversiones; pero dudamos que nadie dé crédito á afirmaciones de enemigos, y menos aun si estos enemigos son *mandarines*. Que los chinos cristianos son muchas veces atacados y molestados por sus vecinos paganos, no admite duda, y que cuando acuden á la justicia los misionistas están á veces llamados á hacer valer sus privilegios extra-territoriales; pero que los misionistas católicos protejan á sus *convertidos* en ataques injustificados, es una calumnia que basta con decirlo para quedar desmentida, especialmente cuando viene de enemigos y faltan pruebas que la justifiquen. La conducta de los misionistas católicos desmiente toda sospecha y hasta mala voluntad espontánea por parte del pueblo contra ellos: el corresponsal del *Times* admite que «en general el pueblo ó es amigo ó indiferente, á no ser escitado por los *Literati*, los cuales los hostilizan realmente.»

La circular prosigue: *El pueblo no conoce la diferencia entre las naciones occidentales; considera á todos sus naturales como extranjeros cuando se promueve algun desorden, y las personas de cualquiera nacion que habiten en China, corren el mismo peligro*. Tomando esta afirmación como verídica, — que sin duda entre las grandes masas de chinos los extranjeros son poco conocidos y odiados, — apelando también al testimonio de los misionistas como verdad, deducimos en conclusión, que si en China los extranjeros son odiados, los misionistas por lo menos donde son conocidos son populares. Otro de los servicios que parece mortificar mucho á los *celestes*, aunque no se hace mencion de ello en la *circular*, es la catedral católica que se ha construido en Pekin frente del palacio imperial. Si esta catedral no es un motivo de pesadumbre para los chinos, lo es y en gran manera para los protestantes; esos han demostrado por su conducta en Madagascar y Tahiti, como en China y en otros países en donde han encontrado misiones católicas, que preferirían la continuación de los paganos con su paganismo, á su conversión á la iglesia católica.

Entre las muchas modificaciones que el gobierno chino pide en los tratados existentes, es la sujeción á registro por los empleados del imperio, siempre que al gobierno le dé la gana, de todos los sacerdotes, monjes, monjas, casas religiosas, conventos de indígenas y niños bajo la instrucción cristiana: que todos los establecimientos religiosos estén abiertos á la inspección del gobierno, que no se permita á las mujeres ir á la Iglesia, y que se anulen los privilegios que gozan los misionistas, quedando estos sujetos en todo á las leyes generales del imperio, hasta en sus trages que serían de *mandarin*.

Tales son en resúmen sus reclamaciones, y parece por los preparativos de guerra que están haciendo que se hallan decididos á sostener sus pretensiones. Ya que trato de este asunto, séame permitido referir una anécdota que cuenta un corresponsal de uno de nuestros periódicos, y se refiere á lo que pasó cuando el bombardeo de París: que aunque sencilla en sí, no deja de ser curiosa, porque revela la disposición de ánimo que los chinos han abrigado durante mucho tiempo, y su resolución de aprovechar la primera ocasión que ofrecieran las complicaciones europeas. Dice la correspondencia aludida, que un secretario de la embajada china estaba contemplando con complacencia la escena de ruina y destrucción, cuando volviéndose al corresponsal que dá la noticia, dijo con aire de satisfacción y alegría: «Ahora si que podremos hacer lo que nos dé la gana con los jesuitas y misionistas en nuestro país.»

Los misionistas protestantes están muy satisfechos y contentos con la conducta del gobierno de China y las nuevas humillaciones pedidas para los católicos por los *mandarines*; y por su parte se muestran dispuestos á limitar la propaganda ó distribución de biblias y libritos en China.